



### CAPÍTULO III.

#### DESARROLLO DEL ÓRGANO DE LA ADQUISIVIDAD.

**A**LBERTO tenía costumbres extraordinarias: los domingos en la tarde se perdía.

Nadie sabía adonde iba, y si se le preguntaba decía que se había estado en el campo espionando á las tusas ó cogiendo ratones; pero en realidad nadie podía dar fé de que en efecto tales fueran sus entretenimientos.

Habían desaparecido ya algunos objetos de valor, pero no se le había podido probar nada á Alberto; al contrario, las sospechas

UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Año 1925 BENTLEY, NEWY



siempre recaían sobre otro, que cargaba injustamente con la responsabilidad, porque Alberto nunca cometía un robo sin preparar antes hábilmente una víctima expiatoria.

En suma, Alberto llevaba siete años de ejercer su oficio de una manera irreprochable, haciéndose más habil cada día.

No desdeñaba ningún objeto por insignificante que fuese, y en siete años había logrado reunir, entre otras cosas, una cantidad muy respetable de alfileres, de clavos, de botones, de dinero, de ropa y de alhajas.

El cura le había puesto mil veces la ocasión como un cebo, pero Alberto sabía siempre olerlo como las zorras.

El señor cura llegó á responder formalmente y en conciencia, de la honradez de Alberto.

Perdiéronse un día al señor cura dos taleguitos, que contenían moneda menuda, que ascendía á ciento ochenta pesos, y siendo éste, si no el único, si el robo de más entidad que había sufrido, se propuso averiguar el hecho por medio de la justicia.

La ama de llaves, las criadas, los sacristanes y los vecinos, tuvieron que ver con la justicia, y Alberto presenció imperturbable todos los trámites de la causa; dió sus declaraciones con una seguridad y una firmeza admirables, y después de muchos trámites y moratorias, la justicia y el cura llegaron á averiguar que nada sabían.

Disponíanse varios vecinos del pueblo á hacer la romería del Señor de Chalma, y Alberto, con ese motivo, consultó al cura si le sería obligatoria la promesa que había hecho de visitar al Señor de Chalma en caso de que hubiera parecido el ladrón de los taleguitos.

El cura le aconsejó que cumpliera la *manda*, y una mañana salió Alberto del pueblo, con la bendición del cura, para anticiparse según él decía, á sus compañeros de romería.

Alberto, salió á pié del pueblo, cargando una pobre maleta que hizo en presencia de su amo, y partió devotamente.

Pero dos horas después, bajaba de una



loma un ginete bien apuesto y montado, que no era otro que el mismo Alberto, que entraba por fin en el pleno goce de sus rapiñas atesoradas con tanto tesón y constancia durante algunos años.

Un vecino se presentó al juzgado ese mismo día para denunciar el hecho de haberle sido robado un caballo, sus arneses y sus armas.

Mandó el juez buscar las huellas y hubo de dudar de la veracidad del quejoso; pues el lugar en que guardaba los arneses estaba á la sazón cerrado, sin aparecer rastro ni fractura, y sobre todo, no se pudo encontrar pisada alguna que, partiendo del corral, indicase el rumbo que el caballo había tomado.

Alberto, entretanto, caminaba ufano y satisfecho del buen éxito de su habilidad, y como si estuviera pasando efectivamente por una transformación, se irguió sobre su caballo y perdió de pronto el aire de encogimiento y humildad que para nada le servía; pensó en quitarse el nombre y en acep-

tar un nuevo género de vida en teatro más adecuado á sus instintos, que tomaban proporciones colosales á medida que se sentía libre y dueño de elementos preciosos.

Hasta entonces, Alberto había tenido el buen juicio de no tener cómplices; pero sus proyectos para el porvenir exigían ya una cooperación digna de su ambición de atesorar. Desde luego se consideró en buena posición supuesto que estaba equipado, montado y sobre todo armado; él no sabía manejar las armas, pero en último caso no le servirían de estorbo.

Caminó todo el día y llegó al oscurecer á un pueblo que celebraba su fiesta titular.

Esta circunstancia fué de su agrado, pues desde luego en aquella fiesta encontraría todo cuanto pudiera apetecer.

Todo era nuevo para Alberto excepto el robo; los amigos, las mujeres, el juego, la embriaguez, todo se presentaba ante sus ojos con el atractivo de la novedad, y su corazón era un volcán de deseos.

Aunque había dejado sepultada en un



escondite gran parte de su hacienda, llevaba lo bastante para proporcionarse comodidades y placeres.

Se alojó en un mesón y pasó, ante el dueño, por José María Gómez; y como pagó al contado y gratificó al posadero, fué considerado como una persona de distinción.

Lo primero que hizo Gómez, que así le llamaremos en lo sucesivo, fué comprar el sombrero de más costo que encontró en las tiendas.

El sombrero bordado de plata y oro es en el país la introducción indispensable al bien parecer, siempre que no se trate de pseudo *gentleman*, ó de personas enteramente parciales por las costumbres europeas.

Cuando Gómez pudo ponerse treinta pesos sobre la cabeza, su felicidad no conoció límites, no obstante que él hubiera querido encontrar en el pueblo un sombrero mucho más costoso.

La segunda prenda en que pensó Gómez, fué en una bufanda de estambre con los co-

lores nacionales: no tardó en hallarla y la enrolló á su cuello.

Enseguida entró á una fonda y comió á reventar; de allí pasó al juego, tiró una moneda en la roleta y ganó; enseguida entró á una partida y ganó; cambió allí su pistola por otra mejor, compró una culebra que llenó de onzas, y tuvo la calma necesaria para salir ganando.

Allí encontró Gómez sus primeros amigos. Con ellos fué al baile: allí recibió Gómez las primeras caricias, allí, derramando su oro, conoció el amor.

Este amor era el de una bailadora.

Era una mujer apiñonada, graciosa, y de su tipo podía decirse que era todavía la viva representación del tipo mexicano de hace medio siglo, y que va perdiéndose con la invasión de las modas francesas.

La bailadora se llamaba Tomasa, vestía enaguas de castor rojo y blanco, y de sus hombros pendía un rebozo finísimo de largas puntas.

Tomasa era una especialidad en el bai-



le; usaba por lo común zapatos de piel plateada, que brillaban en medio de los rápidos movimientos del baile, como dos cocuyos aleteando.

Gómez se aventuró á bailar y se declaró el galán de Tomasa, y, como mandó dar pulque á la concurrencia, fué el rey de la fiesta.

Gómez entró esa noche al mundo, y lo tuvo todo en un momento.

Al día siguiente nada encontró que apeteecer, y veía en todo aquello el más merecido galardón de su habilidad en el robo; y si las buenas máximas del señor cura hubieran logrado siquiera inspirar á Gómez un poco de pudor, el éxito de su salida al mundo hubiera bastado á borrar todo género de escrúpulos.

Pero por más que aquella fiesta hubiera venido tan á propósito á sus deseos, se consideraba aún muy cerca del curato, y á toda costa necesitaba hacer perder sus huellas; bien es que, por otra parte, ni Lázaro el vaquero, ni el señor cura, ni los sacristanes

hubieran podido reconocer al tímido Alberto en aquel espléndido don José María Gómez, de un aire tan despejado y de maneras tan desenvueltas.

De todos modos, el Coyote ó sea Gómez, á fuer de prudente y avisado, proporcionó cabalgaduras á Tomasa, á una tía de ésta y á dos acompañantes, caravana que á partir de aquel instante constituía la familia de don José María Gómez, puesta en camino en dirección del pueblo de la Asunción, distante de allí unas treinta leguas, y á donde había empezado ya la fiesta anual.

Gómez encontró en la crápula quien le hiciera justicia; su mejor amigo fué un gran ladrón, tal vez porque dos lobos no se muerden, pero se conocen.

Gómez había encontrado su media naranja, y esta adquisición la celebró en su interior, con más entusiasmo que la de Tomasa, á quien proporcionó habitación, estableciéndola como la señora de don José María Gómez.

Gómez y su nuevo amigo emprendieron



un viaje, del que no volvieron sinó á los quince días.

Gómez, ni en sus momentos de expansión comunicó á su amigo su vida pasada ni su verdadero nombre; ya se ve, él mismo lo había olvidado.

Ni él ni su amigo volvieron á tener residencia fija, excepto unos meses en los cuales Gómez fué mayordomo de una hacienda, donde se portó admirablemente.

El dueño de aquella hacienda, que era una de las personas más ricas y respetables entonces, estaba seguro de no haber tenido mayordomo más honrado ni más inteligente que Gómez, quien había hecho cobros cuantiosos, y se había conducido con tanta honradez y fidelidad, que el amo se vió obligado á obsequiarlo, cediéndole un terreno y unos bueyes.

Pero cierto día Gómez recibió una carta de su familia, (carta escrita por su amigo), y notificó á su patrón, con mucho sentimiento, que tenía el deber de separarse de la hacienda, pues lo llamaba su padre mo-

ribundo en Morelia, para que se hiciera cargo de los intereses de la familia.

El amo estuvo á punto de llorar de pena, dió dinero á Gómez, y, sobre todo, una carta en forma de certificación, que era el documento más honorífico y el testimonio más fehaciente de que don José María Gómez era el tipo de la honradez y de la virtud.

Como tal fué llorado por el amo y por toda la servidumbre.

Gómez tenía ya ocultas en el forro de su costoso sombrero, dos cosas importantes: una era una estampa que representaba á Nuestra Señora de la Soledad, de quien, desde el curato, era Alberto muy devoto, y la otra era aquel certificado que haría valer á su debido tiempo y en los casos extremos.

Tomasa seguía viviendo por cuenta de Gómez, á quien veía algunos días cada dos meses; pero á Tomasa y á su familia no les faltaba nada, excepto Gómez.

Diremos más acerca de este personaje, para que el lector conozca á fondo su ca-



rácter: según hemos visto, la pasión dominante en Gómez era el robo, y esclavo perenne de este instinto, lo había empleado siempre, robándose todo lo que á las manos había, desde un alfiler hasta un capital.

La influencia de su educación no combatió, sinó simplemente regularizó su conducta, haciéndolo víctima de una nueva aberración.

Había aprendido, más por conducto de la cocinera del señor cura, que por el señor cura mismo, que hay una divina intercesora entre el pecador y el Sér Supremo.

Gómez adoptó la fé de esta intercesión, no en la acepción sublime del sér moral, sinó en la influencia material de un amuleto de poder sobrenatural.

A ese amuleto se refugiaba la conciencia de Gómez.

Esa instintiva reprobación de las malas acciones se revelaba en Gómez por un temor que no podía dominar, y aunque ya se había acostumbrado á no temblar robando, sentía que el miedo era su principal enemigo.

Cuando el éxito coronaba un plan meditado, creía ingénuamente que su santa protectora lo había sacado avante del peligro.

Sintiendo la necesidad de palpar su amuleto, adquirió una escultura que representaba á su santa, y el producto de sus primeras rapiñas lo consagró á bordar de perlas el manto de su Virgen; un día, día aciago, hizo voto de poner á su Virgencita una corona de oro: el éxito de sus depredaciones fué completo y cumplió la promesa.

Corroborada día á día la influencia milagrosa que, según Gómez, ejercía aquella imagen en los robos, Gómez llegó á persuadirse que robar era una manera de vivir como cualquiera otra, y que no por ello lo había de castigar Dios, ni lo había de abandonar su divina santa.

Gómez llegó á los veinte años enriqueciéndose y amando la vida que le brindaba con todo género de placeres, y pensaba que si en lugar de *aprovechar el tiempo* hubiera seguido siendo mozo del cura, sería á la presente el más desarrapado y pobre de los



domésticos, mientras que merced á su astucia, tenía á la sazón cuanto pudiera apetecer.

Gómez tenía una idea imperfecta del crimen y aún no había sentido en su interior la reprobación de sus acciones; se creía protegido por su Virgen, á quien amaba de corazón y á quien había puesto corona de oro y manto de perlas.

¿No era esto corresponder debidamente á tantos favores?

Por otra parte, Tomasa la bailadora cuidaba con tierna solicitud de que á la Virgen no le faltase una lamparita, sustentada con aceite de olivo; todo porque á Gómez le fuera bien; y así le iba á Gómez; todavía no le habían hecho nada.

Gómez no sabía nada en materias de moral y de deber, pero en lo tocante á sí propio, sabía sostener su tesis con convicción y con aplomo.

La palabra propiedad tenía para Gómez una acepción distinta de la que le conocemos.

Un buen robo ratero es para el robado,

decía Gómez, enteramente igual á una pérdida casual: nada importa para el robado que intervenga una mano hábil, ó la mano del destino: las dos son manos invisibles y contra las cuales nada puede el hombre.

En compensación de lo que cada uno pierde, le queda el derecho de adquisición, que ése sí es sagrado.

Del robo ratero pasó Gómez al robo á mano armada.

Ya lo veremos más adelante en su primer lance de armas.

